

la presencia de su Dios! El hecho aconteció en agosto de 1868.

Esta acción horrible fué quizá resultado de la vanidad, ó quizá para producir sensación. Su nombre saldría en los periódicos. Todos aclamarían su valor. Pero más bien que valor era cobardía. Debe haber sido vanidad contrariada. Shéridan dijo una vez: « Se habla de la avaricia, de la incontinencia y de la ambición, como de grandes pasiones. Es un error, pues son pasiones pequeñas. La vanidad es la gran pasión que predomina sobre todo. Ésta estimula las más heroicas acciones é impele á cometer los mayores crímenes. Salvadme de esta pasión y puedo desafiar á las demás. Son meros muchachos, pilluelos, pero ésta es un coloso. »

Es necesario una voluntad resuelta no solamente para el cumplimiento de los deberes difíciles, sino para llevar á cabo, prontamente, con energía y tranquilidad de ánimo, los mil asuntos penosos que están en medio del camino de casi todo el mundo. De ahí que en el cumplimiento del deber sean tan necesario el valor como la integridad. Podrá parecer pequeña la fuerza que se necesita para llevar á cabo alegremente cualquiera de estas cosas aisladamente, pero es uno de los últimos logros del espíritu humano, poder acometer cara á cara y uno por uno el atestado conjunto, sin que jamás sea uno sorprendido, ó salga de la moderación.

Cada generación tiene que soportar su carga, superar sus contingencias peculiares, y atravesar por diversas pruebas. Estamos expuestos diariamente á las tentaciones, ya sean por la ociosidad, los goces ó el vicio. El sentimiento del deber y el poder del valor deben resistir á estas cosas á costa de cualquier sacrificio de intereses mundanos. De esa manera cuando la virtud se ha hecho un hábito de todos los días, nos hallamos en posesión de un carácter individual, preparados para llenar, en gran parte, los fines para que hemos sido creados.

¡Cuánto se pierde para el mundo por falta de un poco de valor! Tenemos la voluntad de hacer, pero dejamos de hacerlo. El estado del mundo es tal, y tanto depende de la actividad,

que todo parece decir en alta voz á los hombres: « ¡Haced algo; hacedlo, hacedlo! » El pobre cura de aldea, luchando contra el mal en su parroquia, contra las acciones malvadas, la injusticia y la iniquidad, tiene ideas más nobles sobre el deber que las que jamás tuvo Alejandro el Grande. Algunos hombres no son más que meras apologías como trabajadores, hasta cuando pretenden estar de pie y en ello. Están temblando á la orilla y no tienen valor para meterse en el agua. Cada día envía al sepulcro un número de hombres oscuros, que, si hubieran tenido el valor de principiar, habrían, con toda probabilidad, avanzado largo trecho en la carrera del cumplimiento del deber.

El profesor Wilson, de Edimburgo, cuando enseñaba á sus discípulos, antepuso siempre el sentimiento del deber; aun más, del deber en acción. Sus disertaciones influyeron profundamente el carácter de aquellos que le escuchaban. Les enviaba á luchar al combate de la vida valerosamente; como el antiguo héroe dinamarqués: « Atreverse noblemente, querer con fuerza, y jamás desfallecer en el sendero del deber. » Tal era su credo¹.

En el mundo existe mucho acomodamiento, que en su mayor parte nace de la falta de valor. Cuando Lutero dijo á Erasmo: « Queréis caminar sobre huevos sin machacarlos, y entre vidrios sin quebrarlos, » le replicó el tímido y vacilante Erasmo: « No quiero ser inconsecuente á la causa de Jesucristo, por lo menos hasta donde me lo permita la edad. » Lutero era de un carácter muy diferente. « Iré á Worms aunque estuvieran complotados contra mí más diablos que tejás hay sobre los techos de las casas. » Ó como san Pablo: « Estoy pronto, no sólo para ir, sino para morir en Jerusalén. »

Dijo sir Alejandro Barnes: « Uno de los rasgos de mi carác-

1. Cuando se hallaba solicitando los votos de los miembros del concejo municipal de Edimburgo, le dijo uno de ellos: « Quisiera darle mi voto, señor Wilson, pero tengo un temor. Dicen que usted no espera salvarse por la gracia. » « Sobre este particular no sé mucho, señor ragidor, pero si no me salva la gracia, estoy seguro que me salvarán mis obras. » « Eso basta, eso basta: voy á darle mi voto. »

ter es la formalidad completa. No soy descuidado en nada de lo que emprendo. En verdad, si emprendo algo, no puedo ser indiferente en ello.» Esto es lo que constituye la diferencia entre un hombre fuerte y uno débil. Los hombres valientes son muertos algunas veces, los parlanchines quedan detrás, y los cobardes huyen. Los hechos muestran lo que somos, las palabras aquello que debiéramos ser. Cada instante de una vida laboriosa puede ser una victoria decisiva.

Dicen los pesimistas que el trabajo ó la necesidad de trabajar es el enemigo del hombre. De otra parte dice Caro: «Un instinto irresistible lleva al hombre hacia la acción, y por medio de la acción hacia algún imprevisto placer, ó felicidad esperada ó deber impuesto. Este instinto irresistible es nada menos que el instinto mismo de la vida, que la explica y la resume. En el mismo instante que desarrolla en nosotros el sentimiento de existir, mide el verdadero valor de ser... Existen los goces puros, que están en un esfuerzo sostenido y continuado frente á los obstáculos opuestos al fin triunfante; de una energía primeramente dueña de sí misma y después de la vida, ya sea conteniendo las malas voluntades de los hombres, ó las resistencias del arte, del trabajo; en pocas palabras, el verdadero amigo consolador del hombre, que se eleva sobre todas sus debilidades, le purifica y le ennoblece, le salva de la tentación vulgar, y le ayuda á llevar su carga á través de los días de tristeza, y ante el cual ceden por un tiempo hasta las más profundas pesadumbres. En realidad, cuando ha dominado el primer enfado y aversión que ha podido inspirar, el trabajo mismo, aparte de todos sus resultados, es uno de los más vivos placeres. Tratarlo como lo hacen los pesimistas, es decir, como á un enemigo, es juzgar mal la misma idea del placer. Ora sea el trabajador que vea adelantar su obra bajo sus manos ó en su pensamiento, que se identifica con él, como dijo Aristóteles (*Ética* 4; 7); ora sea el labrador con su cosecha, ó el arquitecto con su casa, ó el escultor con su estatua; ya sea un poema ó un libro, no importa cual.

«El placer de crear retribuye con usura las fatigas del trabajo;

y, así como la labor consciente contra los obstáculos externos es la primera alegría de la vida que despierta, así también la obra realizada es el más intenso de los placeres, haciendo nacer ampliamente en nosotros el sentimiento de la individualidad, y consagrando nuestro triunfo sobre la naturaleza, aunque sea parcial y momentáneo. Tal es el verdadero carácter del esfuerzo ó de la voluntad en acción¹.»

Un hombre es un milagro de genio porque ha sido un milagro de labor. La fortaleza puede vencer las circunstancias. El principio de la acción es demasiado poderoso para que lo resista cualquier clase de circunstancias. Despeja el camino, y se eleva á sí mismo sobre todo objeto, sobre la fortuna y la desgracia, sobre el bien y el mal. Los goces que vienen á nosotros en este mundo, sólo son para fortalecernos para algunos trabajos mayores que deben seguir. La sabiduría del hombre aparece en sus actos, porque todo hombre es hijo de sus obras. Dice Richter que «las buenas acciones suenan puras en el cielo como el tañido de una campana.»

El contacto activo y simpático con los hombres en los quehaceres de la vida diaria es una preparación mejor para la acción sana y robusta, que cualquier cantidad de meditación y de aislamiento. Lo que dijo Swedenborg respecto del voto de pobreza y el retiro del mundo para poder vivir más con el cielo, parece razonable y verdadero. «La vida que conduce al cielo, dijo, no es una vida de retiro del mundo, sino de acción en el mundo. Una vida de caridad, que consiste en obrar sinceramente y con equidad en todo goce y trabajo, obedeciendo la ley divina, no es difícil; pero una vida de devoción solamente, es difícil, y aleja del cielo tanto como se cree comunmente que conduce á él.»

Para muchas personas la religión es un mero asunto de palabras. Por lo que hace á las palabras, hacemos lo que creemos justo. Pero las palabras rara vez conducen á la acción, al pensamiento, y á la conducta, ó á la pureza, la benevolencia y

¹. *Le Pessimisme au XIX^e siècle*, por E. Caro. Paris, 1877.

la honradez. Hay demasiada representación de religión, y poco trabajo duro y entusiasta. Hay muchísima lectura sobre religión, pero la verdadera religión, que ha penetrado en el carácter y en la acción humana, es más instructiva que mil volúmenes de doctrina. Si el hombre no posee una voluntad latente y fuerte que abra el camino hacia lo bueno, será juguete de deseos sensuales, ó pasará una vida de vergonzosa indolencia.

Uno de los mayores peligros que actualmente rodea á la juventud de Inglaterra es la holgazanería. Lo que se llama *cultura* tiene poco valor. Puede ser acompañada por el más vil carácter moral, el servilismo abyecto para con aquellos que ocupan elevadas posiciones, y altanería para con los pobres ó para aquellos que ocupan modestos puestos. La juventud desatinada y ociosa nada venera, en nada espera, no, ni siquiera en el triunfo final de lo bueno en los corazones humanos. Existen muchos Mr. Tootses en el mundo, que dicen: *Poco importa. No es cosa que valga la pena.* No todo es lo mismo, ni lo será dentro de cien años. La vida de cada hombre revela toda la vida de la sociedad. Cada hombre tiene que cumplir un deber especial, que hacer su labor especial. Si no lo hace, sufre él mismo, y otros sufren por causa suya. Su holgazanería inculca á otros y propaga un mal ejemplo. Una vida inútil no es más que una muerte mundana.

Entre los jóvenes hay una murmuración excesiva. En vez de ponerse á la obra sobre el asunto en que sueñan, se limitan á lanzar expresiones quejumbrosas que no conducen á ningún hecho. Este defecto fué observado por el doctor Chánning, quien se lamentaba de que tantos de nuestros jóvenes crecieran en la escuela de la desesperación. ¿Vale la pena de vivir? Ciertamente que no, si se ha de gastar en la ociosidad. Hasta la lectura es considerada á veces como una disipación mental. Sólo es una apatía cultivada. De ahí que encontréis tantos jóvenes murmuradores, indiferentes, hastiados, con su espíritu bruñado en una especie de agudeza y habilidad, intelectuales, lanzando sarcasmos sobre los actos de los demás, pero sin hacer ellos mismos cosa alguna de valor. Se mofan de la circuns-

pección del carácter. De estos vagos de la inteligencia se ha posesionado una lamentable indiferencia. Sus almas, si es que tienen conciencia de que poseen una, son arrojadas de aquí para allá por cualquier viento que pasa. Comprender sin creer. Los pensamientos que reciben esos espíritus no producen actos. No tienen ni principios ni convicciones. Los principios religiosos son ignorados. Su credo es nada, del cual nada sale; ninguna aspiración hacia una vida más elevada, ningún anhelo por ideas nobles ó por un carácter más noble aún.

Sin embargo, tenemos bastante inteligencia, pero ninguna fe; bastante saber, pero ninguna sabiduría; bastante *cultura*, pero ningún cariño. Una nación puede poseer dotes de elegancia y delicadeza, y no poseer nada más. El saber y la sabiduría, lejos de ser la misma cosa, á veces no suelen tener conexión entre sí. Puede ponerse en duda que la erudición tienda á promover la sabiduría y la bondad. Dice Feulón que es mejor ser un libro viviente que amar los buenos libros. Una lectura varia puede agradar, pero no alimenta al espíritu. San Agustín dijo « que Dios obra á menudo más por medio de la vida de los iliteratos que buscan las cosas que son de Dios, que por medio de las aptitudes de los sabios que buscan las cosas que le pertenecen. »

He aquí el retrato que ha dibujado de sus contemporáneos un gran escritor francés: « ¿Qué es lo que veis por todos lados sino una profunda indiferencia para con las creencias y los deberes, con un anhelo por el placer y el oro, que puede procurarnos todo lo que deseáis? ¡Todo puede ser comprado, la conciencia, el honor, la religión, las opiniones, las dignidades, el poder, la consideración, y hasta el respeto mismo: inmensos naufragios de todas las verdades y de todas las virtudes! Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de la impiedad, se han disuelto por sí mismas y desaparecido en el sistema devorador de la indiferencia, tumba actual del entendimiento, en el que descende solo, desnudo, igualmente desprovisto de la verdad y del error; un sepulcro vacío, donde ni siquiera huesos pueden encontrarse. »

Sin embargo, hemos de ser redimidos por la *cultura*. Ésta es una palabra nueva¹, de origen alemán. Muchos veneran la *cultura*. Es su única religión. Es el cinismo y el escepticismo intelectual, con un barniz de refinamiento. Las personas que la profesan viven en una atmósfera de superioridad exquisita, como la representa Molière en *les Précieuses Ridicules*. *Nil admirari* es su lema. Se mofan de las anticuadas virtudes de laboriosidad y abnegación, energía y ayuda propia. El suyo no es más que un mero credo de negaciones desconsoladoras, en el cual nada hay que admirar, nada en que se pueda tener esperanza. Son escépticos en todo, no hacen ellos mismos obra alguna y desconocen el trabajo de los demás. En nada creen, excepto en sí mismos. Son sus propios dioscecitos.

Goethe fué inventor del *Geist* ó cultura. Pero los poemas de Goethe no producen acciones como lo hacen los de Schiller. La obra de Goethe son infecundas. Era un hombre que explotaba el amor de las mujeres, mujeres que se había apegado con su poder de fascinación. « Cuando no tenía ninguna mujer en el corazón, dice su último biógrafo, estaba como un cirujano disecador á quien le falta un cadáver para la disección. » Decía él de Balzac, que cada una de sus mejores novelas parecía desenterrada del corazón de alguna mujer que sufría. Balzac podía muy bien haberle devuelto el cumplido. Con referencia á sus primeros gustos por la historia natural, dice Goethe : « Recuerdo que cuando niño arrancaba en pedazos las flores para ver como estaban metidos los pétalos en el cáliz, ó hasta desplumaba los pájaros para observar como estaban metidas las plumas en las alas. » Bettina observó á lord Hought-

1. Ha aparecido últimamente otra palabra curiosa, la de *filisteo*. Dice Leslie Stephen que es un vocablo injurioso dado por los pisaverdes al resto de los de su especie. Schopenhauer da otra definición. « Un filisteo, dice, no tiene necesidades espirituales, y como consecuencia, no puede tener placeres espirituales, porque es muy cierto el adagio : *Il n'est de vrais plaisirs qu'avec de vrais besoins*, no anhelando ni ciencia, ni conocimiento profundo por su propio bien. Ningún goce artístico puede animar su triste existencia. Sus placeres son sensuales. El propósito de su vida es aumentar el número de sus comodidades físicas. »

ton que Goethe trataba á las mujeres casi del mismo modo. Todos sus amores, elevados ó bajos, estaban sujetos á esta especie de vivisección. Su poder de fascinación era extraordinario, y si para objetivos artísticos quería desplegar una emoción fuerte, ahondaba la pasión sin escrúpulos ni remordimientos, como aquel pintor ocupado en la pintura de un Cristo en la cruz, que para producir la expresión requerida de la agonía física en el modelo, le clavó una lanza en el costado. La facultad para hacer minuciosas observaciones en semejantes circunstancias, implica una serenidad intensa, y podemos imaginarnos á Goethe, cual el héroe en *l'Homme Blasé*, anotando con el dedo sobre el pulso, cuándo se había llegado al grado de excitación requerida, y peniendo cuidado de que no pasara á calor febril.. Goethe nos dice con franqueza que sacaba provecho de todo lo que eran aventuras ó asuntos de amor, que consideraba todo lo que le acontecía con sus relaciones femininas, desde el punto de vista estético, y que había hallado que el paliativo más instructivo para una desventura ó un contratiempo, era escribir sobre ello¹.

¡Oh, vano orgullo de la mera facultad intelectual! ¡cuán indigno, cuán despreciable eres al ser comparado con los tesoros del corazón! ¿Qué es el entendimiento de la capacidad árida y fría del talento y del cuerpo? Un mero esqueleto de opiniones, unos cuantos huesos secos atados juntos, si no hay un alma que agregue humedad y vida, substancia y realidad, verdad y júbilo. Todos recordarán el dicho modesto de Newton, quizá el más grande hombre que ha existido, — inventor del cálculo diferencial, de la teoría de la gravitación universal y de la descomposición de la luz — ¡que se sentía á sí mismo como un niño que jugaba á orillas del mar, mientras que el inmenso océano de la verdad estaba ante él inexplorado! ¿Tenemos algunos filósofos que ahora quieran hacer confesión semejante?

« Hay verdades, dice el conde de Maistre, que el hombre sólo

¹ *Goethe*, por A. Hayward, J. C.

puede alcanzar con el espíritu de su corazón. Un hombre bueno queda sorprendido algunas veces, al encontrar personas de grandes aptitudes que resisten á pruebas que á él le parecen claras. Estas personas son deficientes en cierta facultad; esto es, la verdadera inteligencia. Cuando el hombre más perspicaz no posee el sentimiento de la religión, no solamente no le podemos captar, pero ni siquiera tenemos los medios para hacer que nos comprenda. Sir Humphry Davy ha dicho además: « La razón es á menudo un peso muerto en la vida, que destruye el sentimiento, y que sustituye los principios con sólo el cálculo y la circunspección. »

Pero el campo del deber más extenso está fuera de la línea de la literatura y de los libros. Los hombres son seres sociales más aún que criaturas intelectuales. La parte mejor del progreso humano se deriva del contacto social, de ahí la urbanidad, el respeto de sí mismo, la tolerancia mutua y la abnegación por el bien de los demás. El conocimiento de los hombres es más amplio que la literatura. La vida es un libro que dura el tiempo de la vida de uno mismo, pero se requiere discreción para comprender sus difíciles páginas.

« En nuestros días, dice lady Verney, hay un enlace indisoluble entre las ideas de adelanto y mejoramiento, la lectura y la escritura. Ahora solamente el ignorante y el estúpido son los que no pueden hacer las dos. Pero hace unos cincuenta años eran la excepción los libros, salvo en la educación más elevada, y hombres y mujeres muy capaces expresaban sus propios pensamientos con muy poca ayuda de algo más allá del Testamento. Aun en las clases altas no era la lectura una cosa muy común entre las mujeres. « Mi abuela apenas podía deletrear cuando escribía, y no leía sino sus *libros de oraciones*, dijo una señora francesa muy competente para juzgar, pero era muchísimo más digna y discreta de lo que ahora son las mujeres. »

En tiempos pasados se les ponía á los niños un deber como incentivo. Faltar era lo mismo que deshonorarse, y salir bien era tan sólo cumplir con su obligación. « Por lo que respecta

al sueño, dijo Hugo Miller, de que habrá una elevación extraordinaria en el nivel general de la raza humana llevada á cabo por medio de la educación, es simplemente la alucinación de nuestro siglo, del actual expediente de la alquimia del mundo para convertir los ochavos en libras esterlinas, sin más que darles un limpión. »

Después de todo, la mejor escuela de la disciplina es el hogar doméstico. La vida de familia es el mismo método de Dios para educar á los jóvenes. Y el hogar es en mucho lo que las mujeres quieren. « La esperanza de Francia, dijo el difunto obispo de Orleans, está en sus madres. » Lo mismo sucede con Inglaterra. Pero ¡ay! estamos perturbados por los clamores de las mujeres que protestan contra las condiciones mismas de su sexo, y hacen esfuerzos desalinados para despojarse de sus más amables distintivos característicos. Quieren poder, el poder político, y sin embargo, el mundo no es sino lo que le ha hecho su influencia en el hogar. Creen ellas en la fuerza de los votos, y quieren ser « manumitidas. » ¿Pero creen realmente que el mundo sería mejor de lo que es, si tuvieran ellas el privilegio de dar un voto una vez cada tres ó cada cinco años, á favor de un representante en el Parlamento? San Pablo dió la palma á las mujeres que permanecían en sus casas trabajando, porque reconocía que el hogar es el cristal de la sociedad, y que el amor doméstico y el deber, son la mejor seguridad para todo aquello que nos es más querido sobre la tierra.

Un escritor contemporáneo después de describir las cualidades que deben caracterizar la naturaleza de la mujer, dice: « Casi debiera temer uno, al ver cómo las mujeres de hoy en día se agitan fácilmente tras alguna nueva moda de credo ó de labores, que el cielo no está tan cerca de ellas como lo estaba de sus madres y sus abuelas; que la religión es un poder más débil para ellas; que sus corazones están vacíos de toda confianza segura y fe elevada en la beneficencia de las disposiciones de Dios. » El autor de estas palabras es una señora.

Antes de la reciente guerra franco prusiana, fué encargado

el barón de Stoffel para que informara sobre el estado de la opinión y la moral en Prusia, comparado con el de Francia, y entre otras observaciones, dice: « La disciplina en el ejército depende de la disciplina de la sociedad y las familias particulares. Los jóvenes en Prusia son educados en la obediencia general, en el respeto de la autoridad, y sobre todo, inducidos á cumplir con su deber. ¿Pero cómo puede existir esta disciplina en el ejército francés, cuando no existe en la familia francesa? Además, mirad más allá del círculo de la familia, en los liceos, las escuelas, los colegios, etc. ¿se ha hecho algo para desarrollar entre los niños el respeto hacia sus padres, el acatamiento del deber, la obediencia á la autoridad y á la ley, y sobre todo, la creencia en Dios? ¡Nada, ó poco menos que nada! La consecuencia es que cada año introducimos en el ejército un contingente de jóvenes, que en su mayor parte carecen completamente de principios religiosos y de sana moralidad, y que desde su infancia, han estado acostumbrados á no obedecer á nadie, á discutirlo todo y á no respetar nada. Y sin embargo, hay personas que pretenden que en el acto y conforme llegan ellos al ejército, podemos habituar á la disciplina á estos jóvenes indisciplinados y sin principios. Estas personas no sospechan que la disciplina en el ejército no es otra cosa más que la disciplina en la vida privada, esto es, el sentimiento del deber, la obediencia á los superiores establecidos, el respeto de los principios de autoridad y las instituciones establecidas... La disciplina artificial una vez establecida podrá durar por algún tiempo bajo la presión de las circunstancias; pero estad seguro que se desvanecerá en aire tenue en el instante que se la ponga á prueba. » Es casi innecesario decir que el barón Stoffel fué en estas palabras un verdadero profeta.

¿Podrá ser que nosotros estemos pasando por la misma operación en Inglaterra? ¿que la marea siempre creciente de la democracia esté echando abajo los mejores frutos de la disciplina doméstica y del carácter moral? Somos un pueblo lleno de vanagloria. Nos jactamos de nuestra riqueza, de nuestro po-

der, de nuestros recursos, de nuestra fuerza naval y militar y de nuestra superioridad comercial. Sin embargo, todo esto puede desaparecer de nosotros en pocos años, y demos convertírnos, como Holanda, en un pueblo rico y relativamente sin poder. La nación está fundada sobre los individuos que la componen; y jamás podrá distinguirse una nación por moralidad, deber, consagración á las reglas del honor y de la justicia, cuando sus ciudadanos, individual y colectivamente, no posean iguales cualidades.

Lord Derby observó en uno de sus últimos discursos que: « Un cumplido caballero me dijo el otro día que creía que Inglaterra había declinado constantemente en aquellas cualidades que sostienen la fuerza y el poder del carácter nacional, desde el día de Waterloo; y aunque no lo dijo con palabras, deduje de sus maneras y su tono, que creía que era demasiado tarde para que tuviera remedio; que el diluvio venía, y que eran felices aquellos que ya casi habían vivido su tiempo, y que no sobrevivirían para ver la catástrofe. Por supuesto, es posible que esa catástrofe pueda venir, y, dadas ciertas condiciones, es evidente que *vendrá*. »

« Ésta es una seria advertencia. ¿Hade venir realmente el diluvio, como en Francia hace unos cien años? El difunto Norman Macleod, dijo: « La confusión que existe en este momento, que principió poco después de la guerra de 1815, y que está tan llena de acontecimientos como la Reforma, es lo más opresiva. Por una parte, hay un trastorno de las antiguas formas del pensamiento sobre todo, en lo social, político, científico, filosófico y teológico. Á pesar de la mucha presunción necia y del sentimiento del poder por parte de aquellos que guían los arietes contra las viejas murallas, hay por parte de muchos más, un gran sentimiento de importancia superior de verdad y deber, que, si es justamente considerado, no expresaría sino fe en Dios, quien siempre está del lado de la verdad. Por lo que hace á Escocia, la iglesia de lo futuro no está aquí. ¡Ignoramos grandes cuestiones del mundo! ¡Disputamos como mujeres, como simples verduleras! »

¿Qué espectáculo puede ser más triste que verá hombres, y hasta mujeres, que pasan sus vidas teorizando y charlando sobre los grandes principios en que sus antecesores creían realmente, y que creyendo en ellos aseguraron para su generación los dones de la fe, de la bondad y del cumplimiento del deber? Hay dos pensamientos que, una vez admitidos en el espíritu, cambian todo el curso de nuestra vida, la creencia de que este mundo no es sino el vestíbulo de un infinito estado de ser, y el pensamiento de Aquel en quien el hombre vive aquí, ó debe vivir en lo futuro. Cada uno de nosotros tiene poder de elección para seguir el bien ó seguir el mal. ¿Quién podrá decir cuál será más poderoso? Depende de nosotros mismos, de nuestra despertada conciencia y voluntad ilustrada. Puede ser que se tenga que combatir contra las calamidades y sinsabores al llenar nuestros diversos deberes. Pero éstos tienen que ser cumplidos, y cumplidos alegremente, porque es la voluntad de Dios. Las buenas acciones nos dan fortaleza, é inspiran buenas acciones á los demás; son como tesoros guardados para la necesidad del que las ha hecho. Fortalezcamos, pues, nuestro espíritu, y vigoricemos nuestra alma, preparemos nuestro corazón para lo futuro. La carrera es para toda la vida.

CAPÍTULO III

La Honradez. — La Verdad.

No hay obreros que puedan trabajar á un mismo tiempo bien y precipitadamente; ello tiene que hacerse con sosiego perfecto. — CHAUCER¹.

Puedes tocar sin peligro el oro, pero si se pega á tus manos, te herirá rápidamente.

JORGE HERBERT².

El hombre honrado, por pobre que sea, es á pesar de todo, rey de los hombres. — BURNS³.

No abandonéis jamás el camino de la virtud y del honor; es el único medio de ser feliz. — BUFFON⁴.

La honradez y la veracidad ligan bien. La honradez es la verdad, y la verdad es honradez. La verdad sola, puede no constituir un grande hombre, pero es el elemento más importante de un gran carácter. Á los que la emplean les da seguridad, y confianza á aquellos que sirven á sus órdenes. La verdad es la esencia misma de los principios, de la integridad y de la independencia. Es la necesidad primordial de todo hombre. La veracidad absoluta es más necesaria hoy que en cualquier período anterior de nuestra historia.

La mentira, á pesar de ser tan común, es delatada hasta por

1. There is na workemen
That can bothe worken well and hastilie
This must be done at leisure parfaitlie. — CHAUCER.

2. Gold thou may'st safely touch, but if it stick
Unto thy hands, it woundeth to the quick.
GEORGE HERBERT.

3. The honest man, though e'er so poor,
Is king o'men for a'that. — BURNS.

4. Ne quittez jamais le chemin de la vertu et de l'honneur; c'est le seul moyen d'être heureux. — BUFFON.